

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8667

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 18 Septiembre 1893.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composturas.

Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

ALGO DE HIGIENE.

Con este mismo título publica *El Resumen* un artículo firmado Dr. Ox, de cuyo trabajo extractamos los siguientes párrafos, que sin duda leerán con gusto los lectores del Eco:

Nacemos, y lo primero que hacen nuestras madres y nuestras amas es fajarnos. Primer disparate. Lo mismo que si fuéramos un paquete, nos envuelven bárbaramente en pañales y más pañales; luego nos dan treinta ó cuarenta vueltas con una faja, cuanto más ceñida mejor. Y todavía podemos darnos por muy bien librados los que hemos nacido en países del Mediodía de Europa.

En algunos del Centro y del Norte es costumbre que los brazos del niño queden dentro del paquete. Verdad es que peor nos hubiera salido la cuenta viendo la luz primera entre caribes ó en otros pueblos salvajes de América, porque en unos nuestra madre se hubiera complacido en comprimirnos el cráneo; en otros, en comprimirnos lateralmente para hacerlo puntiagudo, con lo cual dicho se está lo divertidos y agradables que hubieran sido nuestros primeros días y lo que hubiera ganado nuestro aspecto.

Después de todo, tanto vale esta costumbre como la de las fajas, pañales, etc., etc.

Hay nada más antifisiológico que transformar en momia á un pobre ser humano, privándole de movimientos, dificultándole el saludable contacto del aire templado de la habitación? Mucho mejor sería ciertamente fajarlo y estrujarlo menos, envolviéndole en la ropa indispensable para garantizarle del frío.

Si ya mayores queremos construir una casa ó alquilarla para vivir en ella, apenas nos preocupamos de si el suelo es húmedo ó seco, de si soplan vientos puros ó cargados de emanaciones pestilentes en aquella dirección, ni de ninguna de las demás circunstancias que debieran parecernos esenciales y principalísimas.

En China existe una costumbre que, como muchas otras de aquel país, choca al principio y hasta parece ridícula, pero que luego de estudiada viene á considerarse muy racional y laudable.

El que pretende edificar su casa, llama á un funcionario especial encargado de consultar á los genios y pedirles su opinión acerca de la empresa. Llegado sobre el terreno, se orienta, estudia la dirección ordinaria de los vientos, se informa de la calidad de la tierra, de los cultivos y de los edificios que aquéllos encuentran á su

paso, mide el declive del piso, calcula su permeabilidad, prueba el agua que circula por él y que brota en las inmediaciones, se cerciora de que no cruza por sitios en que haya cadáveres, ni letrinas; después de esto procede á ciertas ceremonias determinadas por los ritos, y en seguida decide si los genios aprueban ó desaprueban el pensamiento.

Entre nosotros no existe esta saludable superstición. En nuestras ciudades se construye en tal barrio con preferencia á tal otro, porque está de moda por cualquier causa análoga.

Lo demás es secundario.

¿Quién se cuida de averiguar si los vientos reinantes pasan á cierta distancia por ríos, pantanos ó cementerios? ¿Quién abre en sus solares pozos de exploración para estudiar la calidad de las tierras?

¿El aire? ¿Hay nada en la Naturaleza menos apreciable que el aire? Pues tampoco hay nada de más precio para la vida.

Todo el mundo sabe que se compone, principalmente de ázoe, de oxígeno y de vapor de agua, y que el oxígeno es el elemento vital.

El individuo colocado en una atmósfera rica de este gas, experimenta una sensación viva de bienestar y de alegría; todas las funciones orgánicas se activan y vigorizan.

En cambio si el oxígeno disminuye, languidece hasta degenerar en la muerte mucho antes de que aquél se acabe del todo.

Pues bien; la inmensa mayoría de las gentes viven á media ración de ese gas vivificador. Madrid, la capital más malsana del globo, no cuenta tal vez un solo habitante que disponga de los 8 640 litros de aire puro que necesita un hombre al día.

Difícil será hallar una alcoba en perfectas condiciones higiénicas, ni en casa de los madrileños ricos. De las de los pobres no hablemos. Por eso la mortalidad en esta desdichada corte de España es doble que en Londres y mayor que en las regiones de América, donde reina la fiebre amarilla; mayor que en Fernando Póo (32 por 1000); mayor que en Calcuta, ciudad edificada en el nacimiento del delta del Ganges, en la propia patria del cólera, de ese cólera tan ridículamente temido por los mismos que, en brazos de la ignorancia y de la desidia, viven en medio de peligros mucho mayores.

Nuestros salones de baile, nuestros cafés y nuestros teatros, sitios en que tan alegremente entramos y estamos, ofrecen á la salud riesgos más graves que la sala de un Hospital. Los salones más alumbrados son los peores, porque una vela consume 435 litros de oxígeno por hora y lanza á la atmósfera nueve litros de ácido carbónico sin hablar de otros productos nocivos. Por eso causa mas estragos en el cuerpo humano una noche de baile, que muchas noches de marcha forzada al aire libre.

MEMORIAS PRODIGIOSAS

La facultad de la memoria varía mucho en todos los hombres.

Hay quien se acuerda perfectamente de todo lo que ha leído, y quien se olvida hasta del número de la casa en que habita, hasta de su propio nombre.

Temístocles conocía los nombres de todos los habitantes de Atenas, lo que le sirvió de poderoso medio para el recuento de soldados después de vencer á los persas en Salamina.

Nitridates hablaba 22 lenguas correspondientes á cada una de las naciones en que mandaba.

Scipión conocía á todos los habitantes de Roma.

Séneca se quejaba de que se envejecía, porque no podía repetir, como antes había hecho, 2000 nombres en el orden que se leían, y aseguraba que siendo estudiante había repetido 200 veces inconexos lo mismo al derecho que al revés.

El emperador Adriano recordaba el nombre y naturaleza de todos sus pretorianos, á pesar de que pasaban de 10.000, y además, algunos años más tarde de su famoso viaje por el imperio, recordaba día por día los nombres de las poblaciones que había visitado, así como los nombres de las autoridades de las ciudades, y su aspecto y los lapsus de sus discursos de recepción.

Simplicio, amigo de S. Agustín, recitaba la *Eneida* al revés y sabía de memoria las obras de Cicerón.

Avicena, célebre médico árabe, sabía á los 10 años el Korán, y lo repetía sin vacilaciones desde la primera sura hasta la última; fue sin duda alguna, el más sabio de los árabes, pues á su prodigiosa memoria juntaba un gran talento.

El célebre Juan Pico de la Mirandola, á la edad de diez y ocho años, hablaba correctamente 22 lenguas y repetía hasta 2.000 palabras inconexas que se le dijese, y en leyendo tres veces un libro lo retenía con fidelidad.

El célebre José Escaligero aprendió en tres semanas la *Iliada* y la *Odisea*, y en cuatro meses las obras de los poetas griegos.

Alonso de Madrigal ó el *Tostado*, Obispo de Avila, sabía la Biblia de memoria y casi toda la *Summa* de Sto. Tomás.

Justo Lipsio sabía de memoria todas las obras de Cicerón, y repetía los cinco libros de *Historias de Tácito*, suplicando de antemano á sus oyentes le hundieran un puñal en el pecho si cometía alguna equivocación.

El célebre jesuita Francisco Suárez, llegó á aprender de memoria las obras de S. Agustín, que componen once volúmenes en folio.

Leibniz recitaba á Virgilio palabra por palabra.

Bossuet, no sólo podía recitar la Biblia entera, sino á Horacio y Virgilio.

Magliabechi, bibliotecario de Cosme III de Toscana, no sólo recordaba el contenido de un libro si lo leía una sola vez, sino que decía la página donde estaba tal ó cual frase.

Mozart, tenía una prodigiosa memoria musical.

A la edad de catorce años fue á Roma para asistir á las fiestas de Semana Santa. Apenas llegó se trasladó á la capilla Sixtina para oír el famoso y gran *Miserere* de Allegri.

Mozart sabía que era imposible obtener una copia de aquella preciosa partitura; pero fijó su atención en lo que había oído. Al día siguiente cantó el *Miserere* en un concierto, y produjo tanta sensación en Roma,

que el Papa Clemente XIV hizo que se le presentara inmediatamente este prodigioso músico.

D. Marcelino Menéndez Pelayo, cuando estudiaba en la Universidad de Barcelona, era tan tardío en escribir, que no podía copiar el dictado de los catedráticos, tanto en apuntes como los programas y determinó no escribir nada de cátedra; mas al llegar á su casa, escribía lo que habían dictado los profesores, sin que discrepase nada.

D. Mateo Obrador Benassar, reputado poeta mallorquín aprendió en pocos días el canto XVI de la *Iliada* en griego, conociéndolo apenas, y aprendió asimismo el propio texto griego sin hipébaton ó sea por el orden natural de las palabras.

Ultimamente, en el manicomio de S. Baudilio de Llobregat había ó hay todavía un loco que no recordaba su nombre, y en cambio sabía de memoria todos los santos que corresponden á los días del año; de modo que bastaba decirle un día para que sin vacilar dijese los santos que al mismo están consignados; y por el contrario, de citarle el santo para que pensara el día de su fiesta. Fuera de esto no recordaba nada.

LA ALHAMBRA.

He aquí la descripción de los dos departamentos del alcázar morisco que han sufrido grandes destrozos con el incendio:

El patio de Arrayanes

El llamado patio de los Arrayanes, es el mayor del edificio y presenta á la vez el aspecto de una sala, de un patio y de un jardín.

Un gran receptáculo rectangular lleno de agua, rodeado de una hilera de mirtos, se extiende de un lado á otro del patio, reflejando cual limpio espejo los arcos, arabescos é inscripciones de las paredes. A la derecha de la entrada se ven dos hileras superpuestas de arcos moriscos, sostenidos por ligeras columnas, y del lado opuesto del patio se eleva una torre con una puerta, por la cual se entreen las salas interiores medio obscuras; las pequeñas ventanas con sus agimécés, y por entre las ventanillas el azul del cielo y las cumbres de las lejanas montañas.

Las paredes se hallan adornadas hasta cierta altura por zócalos de espléndidos mosaicos y desde éstos hasta arriba de arabescos de delicado dibujo que parecen moverse y cambiar á cada paso. Aquí y allá entre las torres intrincadas y lo largo de los arcos, serpentean y se enlazan como guirnaldas inscripciones árabes que encierran saludos, proverbios y sentencias. Junto á la puerta de entrada se lee en gruesos caracteres: «¡Salud eterna!» «Bendición.» «Prosperidad.» «Felicidad.» «Alabado sea Dios por el beneficio del Islam.» A otro lado se ve escrito: «Yo busco mi refugio en el Señor de la Aurora.» —¡Oh, Dios! A tí se deban acción» de gracia eterna y alabanzas imperecederas». En otras partes se leen versículos del Korán y poesías enteras en alabanza de los profetas.

La sala de la Barca

El interior de la torre, llamada vulgarmente Salón de Embajadores, forma dos salas.

La primera se llama *Salón de la Barca*. Dicen algunos que se denomina así, porque tiene la forma de una barca; y otros, porque los árabes le llaman sala de *baraka*, ó bendición, palabra que el vulgo ha convertido en barca.

Esta sala es un prodigioso enlazamiento de bordaduras en forma de guirnaldas, rosetones, ramos, follajes que cubren el techo, los arcos, las paredes, en todos sentidos, juntos, entre-